

del hombre hasta el punto de hacerlo autosuficiente tal y como expresa el pensamiento paulino. Y especialmente la autosuficiencia propia de su experiencia como judío que ha confiado plenamente en **sus** obras para obtener la salvación o la justificación. El NT nos fuerza a confiar en Otro, en un Tú que se nos revela como el Absoluto, precisamente como fundamento de la confianza radical que permite la mayor de las autorrealizaciones: la del don de sí mismo en libertad liberada, incluso del deseo. Frente a los intentos de construir unas personas humanas centradas en sí mismas (y no olvidemos que este centramiento constituye uno de los componentes de las depresiones psíquicas, hoy tan manifiestas) la confianza en Dios se nos revela como uno de los ejes clave de nuestra propia realización humana y creyente por más que la sociedad se empeñe en querer prescindir de Dios. «¿No es una forma de comportamiento neurótico la represión de las realidades que cuestionan el sentido de la existencia tales como la enfermedad, la muerte, la realidad de Dios como el Absoluto...?», dice lúcidamente J. Garrido al abordar las resistencias a la conversión en el proceso creyente⁸.

El peligro de confiar en nosotros mismos y no en Dios, como experiencia que nos lleva hacia la fe, abarca también la confusión entre seguridad y confianza ya que cabe el riesgo de querer fundamentar el proceso creyente en la «veracidad» de los contenidos de la revelación exclusivamente, sin tener en cuenta los dinamismos personales de la confianza que hacen referencia a la relación con el Tú y los demás tú. Fundamentar el proceso creyente en unas verdades da seguridad al creyente, pero no necesariamente facilita la experiencia de la confianza en Dios. Reto pastoral que se nos presenta hoy a la hora de cumplir el mandato de Jesús: «*Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda criatura*» (Mc 16,15). La buena noticia es el mismo Jesús con quien nos encontramos *personalmente y personalizadamente* en la Palabra y en los sacramentos de la comunidad eclesial. Una proclamación del evangelio que no proceda de la experiencia (necesariamente en la fe, pero no por ello menos real) tenderá a convertirse en ideología que cargamos sobre los hombros de los demás y por la cual no estamos dispuestos a mover un dedo. El mandato del amor sólo puede cumplirse cuando se hace desde el amor; hecho ideología es la peor de las experiencias, además de imposible.

Confianza en Dios que forma parte del itinerario hacia la fe y realidad que la fe va consolidando. En Pablo hemos tenido la oportunidad de ver cómo cualquier experiencia fuerte constituye un reto para dejar que Dios vaya purificando su confianza en Él. Esto significa que los procesos creyentes no se dan independientemente de la historia humana, sino más bien ésta es el soporte donde Dios actúa y donde hay que percibirlo a Él y su acción salvadora para el momento presente. Confianza en Dios que nos lanza a una aventura en la que el guía es Él y el camino solo Él lo conoce porque Él es el camino. La confianza en nosotros mismos nos lanza a controlar el itinerario, los pasos peligrosos, los lugares de descanso... incluso a controlar al Guía y, por lo mismo, al Camino, convirtiéndose así en una resistencia o pecado contra la fe que busca abandonarse en Jesús y, en Él, en el Padre.

⁸ GARRIDO, J. *Proceso humano y gracia de Dios*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1996. p. 226.



UN SERVICIO PARA LA LITURGIA DOMINICAL

EXEGESIS de los textos litúrgicos
NOTAS para la preparación de las homilías
MONICIONES para la celebración

Solicite ejemplares gratuitos a:



DABAR
Paricio Frontiñán s/n
50004 ZARAGOZA
Tlno. y Faz: (976) 43.96.35

TELÉFONO DEL EVANGELIO



(976) 44.55.66 ó 44.55.55

LLAMAR, ESCUCHAR (Grabación de 3 minutos) y
REFLEXIONAR

(Precio de la llamada: coste normal)

El cristianismo aragonés en la época visigoda

Rev. Aragon. Teol. 6 (1997)

Sandalio Aznar Tello

Escasez de fuentes documentales

Pocas son las noticias históricas que han llegado hasta nosotros sobre la vida cristiana, durante el período visigodo, en los territorios que actualmente componen la región aragonesa, si exceptuamos la sede episcopal y la escuela monástico-episcopal zaragozanas de aquella época.

Las escasas noticias documentadas que poseemos de aquel período histórico se relacionan con las sedes episcopales de Zaragoza, Huesca y Tarazona, únicas existentes durante la época visigoda en los actuales territorios aragoneses. Conocemos, en efecto, las listas de los obispos asistentes a los Concilios de Toledo de los siglos VI y VII y por ellas sabemos que el obispo de Zaragoza asistió a catorce de aquellos concilios, el de Huesca a siete y el de Tarazona a seis. Sabemos también que en ese lapso de tiempo se celebraron el II Concilio de Zaragoza (592), el de Huesca (598) y el III de Zaragoza (691).

Tenemos, asimismo, noticias de la función desarrollada en aquel período histórico por algunos monasterios de la región aragonesa. Conocemos los nombres de algunos pequeños monasterios, entre los que cabe destacar el de San Pedro Séptimo, entre Sabayés y Nueno, el de San Cucufate de Lecina y el de San Urbez de Nocito. Pero los monasterios más conocidos de la época visigoda fueron el de Asán, en Huesca, y el de Santa Engracia, en Zaragoza. Estos dos monasterios figuran, con todos los honores, junto a los grandes monasterios surgidos junto a las ciudades más importantes de la época, entre los que merecen especial mención el Honoriense en Sevilla, Agali en Toledo, Cauliana en Mérida y el Servitano en Valencia.

El monasterio de Asán

El monasterio de Asán fue fundado, al parecer, en tiempos del rey Gesaleico (507-511). Al frente de él, y seguramente como primer abad, aparece San Vitorián, fundador de muchos monasterios en Francia y España, según el epitafio que figuró en su sepultura.

El monasterio combinaba la vida eremítica con la cenobita. Para ello se construyeron celdas solitarias, que poseían un centro de culto común a todas ellas. A este monasterio le dio regla propia el abad San Vitorián.

El año 551, siendo abad San Vitorián, profesó en este monasterio de Asán, otorgando testamento en favor de éste, el diácono Vicente, que después ocuparía la sede episcopal de Huesca. De este monasterio procedía también el abad Audeberto, que asistió al XII concilio de Toledo, en el año 683, representando al obispo de Huesca Gudísculo, al que sucedió en el obispado de la ciudad.

La mayoría de los grandes obispos de la era visigoda salieron de las escuelas monásticas, en las que durante algún tiempo vivieron como verdaderos monjes. De los monasterios se fueron eligiendo aquellos monjes que se consideraban más aptos por su doctrina y santidad. Baste recordar los nombres de Martín de Braga, de la abadía del Dumio; Eutropio de Valencia, abad del Servitano; Leandro, abad de Sevilla, y su hermano, el gran San Isidoro de Sevilla; Renovato de Mérida, del Cauliano; Heladio, Eugenio e Ildelfonso de Toledo, monjes antes que obispos; Juan, Braulio y Tajón, del monasterio de Santa Engracia, en Zaragoza.

El monasterio de Asán no fue una excepción. De él se ha escrito que durante la época visigoda fue el seminario de Obispos para las regiones orientales del Pirineo. Monjes de Asán fueron, efectivamente, los obispos Gaudioso de Tarazona, Aquilino de Narbona, Tranquilino de Tarragona, Eufónimo de Zamora, así como Vicente y Audeberto de Huesca.

Parece que durante la dominación musulmana el monasterio de Asán fue residencia de los obispos mozárabes de Huesca. En la segunda mitad del siglo X los monjes abandonaron el monasterio y se refugiaron en las proximidades del Condado de Ribagorza, llevándose el cuerpo de San Vitorián.

El monasterio de Santa Engracia

El cauce principal por el que discurrió la corriente fertilizadora que infundió nuevo espíritu al pensamiento y a la acción de los españoles, en la época visigoda, lo constituyeron los centros de formación clerical que aparecieron en su primera fase en el siglo VI y que maduraron en espléndidas escuelas de formación superior durante el siglo VII.

El monasterio de Santa Engracia, en Zaragoza, fue uno de los centros culturales más famosos de la España visigoda, como tendremos ocasión de comprobar.

Si las noticias con respecto a las sedes episcopales y monasterios del resto de Aragón durante el período visigodo son realmente escasas, no sucede lo mismo con la sede episcopal cesaraugustana y con el monasterio de Santa Engracia¹.

La vida religioso-cultural zaragozana del siglo VII se desarrolló en torno a este monasterio de Santa Engracia. En sus muros se recogían oblatos y adultos que pre-

¹ Cfr. GARCIA IGLESIAS, L.: *Zaragoza, ciudad visigoda* (Zaragoza, 1979), 73-80.

ferían escapar del siglo. Su fama atrajo incluso a gentes de fuera de la región y este monasterio nutrió ampliamente la sede episcopal cesaraugustana. Unidos y vinculados a este monasterio aparecen los nombres de los obispos zaragozanos Máximo (592-619), Juan II (619-631), Braulio (631-651), y Tajón (651-683).

Junto al monasterio de Santa Engracia aparece en Zaragoza el atrio episcopal, surgido seguramente durante el pontificado de Juan II, que, siendo abad del monasterio fue nombrado obispo de la ciudad. Poco es lo que sabemos de su funcionamiento, pero es seguro que mantendría el normal desarrollo de la vida eclesiástica: atención a los aspectos de la beneficencia, tutela de la vida monástica del distrito episcopal y cumplimiento de las responsabilidades seculares que incumbían a los obispos.

No sabemos la relación que hubo entre ambos centros culturales zaragozanos, pero es indudable que Braulio, antiguo morador del monasterio de Santa Engracia con su hermano y antecesor Juan II, mantendría una política de colaboración entre las dos células más importantes de la vida cultural de Zaragoza.

La sede episcopal cesaraugustana

Al prestigio cultural de Zaragoza contribuyó de una manera particular la sede episcopal de la Ciudad y el peso específico de sus prelados, sobre todo en el siglo VII.

Poseemos noticias suficientes para poder afirmar que, cuando se produce en España la eclosión cultural de finales del siglo VI y del siglo VII, la sede episcopal cesaraugustana está activamente presente en este proceso a través de sus obispos. Los nombres de Máximo, Juan, Braulio y Tajón, todos ellos obispos de Zaragoza, forman parte, por derecho propio, del grupo privilegiado de intelectuales que abanderaron el movimiento de regeneración cultural que se registró en la España del siglo VII, un siglo de esplendor para las letras eclesiásticas hispanas.

a) Máximo, el historiador (592-619)

Abre la galería de obispos célebres cesaraugustanos Máximo. En la obra de San Isidoro «*De viris illustribus*», escrita hacia el 610, en el elenco de hombres egregios, celebrados por la fama de sus obras, aparece el obispo de Zaragoza Máximo. De él dice el arzobispo hispalense que escribió muchas cosas en verso y en prosa («*multa versu prosaque componere dicitur*»). Entre otras obras destaca una breve historia de los godos, escrita con seriedad histórica y con expresión ajustada («*histórico et composito sermone*»)². Máximo aparece como uno de los adelantados en el género histórico, en la línea de Idacio y Orosio.

² *De viris illustribus*, XXXIII, 153 (Edic. Codoñer).

En el mismo año de la ascensión de Máximo al episcopado tuvo lugar el II Concilio de Zaragoza. Este concilio es el primero de una larga lista que seguirá tras la celebración del famoso Concilio III nacional de Toledo, en el que se acordó restaurar la antigua disciplina de los cánones. Los tres breves cánones del concilio zaragozano tratan la cuestión del arrianismo y la conversión al credo católico de los eclesiásticos que habían sido arrianos³. Como obispo de Zaragoza Máximo asistió, además del concilio celebrado en su sede, a los concilios de Barcelona (599), Toledo (610) y Egaren (Tarrasa) (614).

b) Juan II, el liturgo (619-631)

Al obispo historiador y poeta Máximo sucedió en la sede episcopal cesaraugustana Juan. Fue también personaje celebrado en su tiempo, como lo demuestra el hecho de figurar en el catálogo de «varones ilustres», compuesto por Ildefonso de Toledo, como continuación del de Isidoro de Sevilla. En él se nos dice que Juan fue abad de un monasterio («pater monachorum») y un erudito en las Sagradas Letras, más solícito en predicar la Palabra de Dios que en exponerla por escrito. Escribió, esto no obstante, algunas obras con estilo elegante, tanto en el tono como en la composición, al decir de Ildefonso. Entre sus obras destaca un «Cómputo» para determinar la Pascua y las fiestas móviles que de ella dependían, hecho con brevedad y objevidad («ut lectori el brevitatis contracta el veritas placeat patefacta»)⁴.

Nada de todo esto, lo mismo que ocurre con las obras de Máximo, ha llegado hasta nosotros. De otras noticias pueden deducirse algunos aspectos de la personalidad de Juan y de sus obras. Parece que fue abad del monasterio de Santa Engracia de Zaragoza antes de ser promovido al episcopado. En este monasterio, adjunto a la Basílica de los XVIII Mártires, Juan ejerció un verdadero magisterio espiritual, cuyo beneficiario más directo fue su hermano menor Braulio, que le sucedería como obispo de la Ciudad. Éste le recuerda como instaurador de una vida y doctrina común («communis ac sanctae vitae doctrinaeque institutor»). De su magisterio y la competencia con que lo ejerció es buen testigo Eugenio de Toledo, que lo conoció durante su estancia en Zaragoza. En sus «Carmina» escribe: «Celebrado por todos de tal manera en sus conocimientos, que hasta la docta Grecia debe ceder ante su ingenio»⁵.

Juan fue más un maestro que un escritor, aunque no descuidó totalmente esta segunda faceta. Compuso varias piezas litúrgicas que dotó de encantadoras melodías, contribuyendo así, al igual que lo hará después Braulio, al esplendor adquirido en aquella época por la liturgia visigoda.

De la talla intelectual de Juan nos da una idea Ildefonso de Toledo cuando, hablando de Braulio, lo describe como «no inferior en talento a Juan»⁶.

³ VIVES, J. Concilios visigóticos e hispanorromanos, I54 (Barcelona-Madrid, 1963).

⁴ De viris illustribus, V, 122-123 (Edic. Codoñer).

⁵ Carmina, XXI (Edic. Vollmer, MGH, A.A. XIV, 248).

⁶ De viris illustribus, XI, 130 (Edic. Codoñer).

Doce años ocupó Juan la sede cesaraugustana, coincidiendo su episcopado con los reinados de Sisebuto y Suintila. A su muerte Eugenio de Toledo compuso un epitafio con dísticos elegíacos, encomiando sus virtudes personales y su formación intelectual.

c) Braulio, el sucesor de Isidoro de Sevilla

A Juan II sucedió en la sede episcopal de Zaragoza su hermano menor Braulio. Hablar de San Braulio equivale a evocar uno de los períodos más brillantes de la historia de España, en cuyos destinos influyó notablemente. En momentos en que se producían cambios profundos de orden político, cultural y religioso, que afectaban al modelo mismo de sociedad, la Península Ibérica alumbró hombres de gran talla, que supieron encauzar adecuadamente el curso de los acontecimientos. Entre estos hombres pioneros encontramos, en lugar prominente, al obispo cesaraugustano Braulio.

Hablar de San Braulio supone, por otra parte, referirse al período de mayor esplendor de la sede cesaraugustana. A la muerte de San Isidoro, el año 636, Zaragoza se convierte en el centro cultural más importante del Reino, así como a la muerte de Braulio el epicentro cultural se trasladará a Toledo. Las ciudades de Sevilla, Zaragoza y Toledo marcan tres hitos históricos en la España visigoda, en correspondencia al predominio cultural que ejerció, respectivamente, cada una de sus sedes episcopales. Isidoro, Braulio y Julián, por turno, serán los tres grandes animadores del renacimiento cultural visigótico.

Las fuentes documentales que nos hablan de San Braulio son la obra «De los varones ilustres», de Ildefonso de Toledo; los poemas de Eugenio de Toledo que, además de compañero de estudios en la Escuela de Zaragoza, fue arcediano de Braulio en la diócesis zaragozana, hasta que Chindasvinto lo reclamó para la sede toledana; y, sobre todo, los propios escritos de Braulio que, esta vez sí, han llegado hasta nosotros.

El Epistolario brauliano es la fuente más rica de conocimientos que tenemos, no sólo de su persona y actividades, sino también de la sociedad y problemas de su tiempo⁷.

La primera educación de Braulio tuvo lugar, con toda probabilidad, bajo la dirección de su padre, obispo, y de su hermano Juan, abad-obispo. La etapa de su formación superior parece ir vinculada a su estancia en Sevilla junto a Isidoro. Vuelto a Zaragoza, hacia el año 619, es nombrado arcediano por su hermano Juan, a la sazón obispo de la ciudad. Es el momento en que Braulio se une a su hermano Juan en el gobierno de la diócesis y en la dirección de la escuela episcopal que funcionaba en el monasterio de Santa Engracia.

Sucesor de Juan en la sede episcopal de Zaragoza, hacia el año 631, comienza Braulio una intensa vida de actividad pastoral y cultural, que lo llevará hasta la ci-

⁷ Actualmente existen dos ediciones críticas del Epistolario de San Braulio la de MADRIZ, J., Madrid, 1941 y la más reciente de RIESCO-TEHRERO, L. (Sevilla, 1975).

ma de la fama a finales de la década, con el Concilio VI de Toledo (638). La actuación de Braulio en este Concilio le valió los elogios de los cronistas de la época. Y el protagonismo del obispo cesaraugustano alcanzó su cenit. En efecto; a pesar de la presencia en el aula conciliar toledana de los metropolitanos de Narbona, Braga, Toledo, Sevilla y Tarragona, fue el obispo de Zaragoza, que no era metropolitano, el destinado por la Asamblea para redactar la carta de contestación a la misiva papal que durante la celebración del concilio había llegado a Toledo. Esta designación, entre los cincuenta y dos obispos asistentes al concilio, habla por sí sola del prestigio que ante el episcopado de toda la nación había alcanzado el prelado cesaraugustano.

La incidencia civil de las decisiones de los concilios toledanos, que tanto influjo ejercieron en la marcha de la nación, hizo que Braulio apareciese como una personalidad que desbordaba claramente los límites del ámbito estrictamente eclesiástico, para irrumpir de lleno en el plano socio-jurídico, con repercusiones incluso en el mundo político.

Braulio adquirió, efectivamente, una especie de «status» de hombre público en la España visigoda, como ya le había sucedido anteriormente a su amigo Isidoro de Sevilla. Y la mejor prueba de esta proyección de Braulio la proporciona el hecho de la especial relación que mantuvo con los reyes de su época. El predicamento que el obispo de Zaragoza tenía ante las más altas instancias de la nación se refleja en la gestión que se le encomendó en el proceso de elaboración del famoso «Liber iudiciorum» o «Forum iudicum», por el que se pretendía regular definitivamente la igualdad jurídica entre visigodos e hispanorromanos. El rey Chindasvinto, en carta enviada al obispo zaragozano, agradece el celo y el esfuerzo que éste había puesto en la corrección del Código que le había enviado, a la vez que ensalza la habilidad demostrada en el desarrollo de la tarea y le desea que Dios le dé fuerza y salud para terminar el trabajo⁸.

Braulio, además de hombre de Iglesia y hombre de Estado, fue hombre de Letras. Estuvo siempre preocupado por todo lo relacionado con la cultura. Puede ser considerado, con todo merecimiento, como un gran humanista: su erudición, su amor a los libros y el espíritu que supo infiltrar a sus compatriotas hacen de él un auténtico campeón y líder de la actividad literaria y cultural de su tiempo. Esto, es cierto, más por su talante y modo de actuar que por sus obras. De éstas, más bien escasas para lo que cabía esperar de su capacidad y cultura, sólo han llegado hasta nosotros su Epistolario, preciosa información de lo que ocurría en la España de su tiempo, y su «Vida de San Emiliano», escrita a instancias de sus hermanos Juan y Fronimiano. De su faceta poética dejó constancia en el Himno que acompaña a la «Vita». Y como biógrafo-cronista tiene su famosa «Renotatio librorum divi Isidori», aneja, como capítulo último, a la obra «De viris illustribus» de San Isidoro, cuyas obras relata en perfecto orden cronológico y con un profundo y personal conocimiento de la persona y del pensamiento del polígrafo hispalense⁹.

⁸ RIESCO, Epistolario de San Braulio, 151.

⁹ Para un conocimiento detallado de la personalidad y de la actividad pastoral y cultural de San Braulio puede consultarse la obra de AZNAR, S. *San Braulio y su tiempo. El fulgor de una época* (Zaragoza, 1986).

San Braulio murió el año 651, a los sesenta y seis años, lleno de achaques y casi ciego, querido y respetado por todos, aunque su memoria, incomprensiblemente, pronto se perdió en el vacío.

d) Tajón el erudito sistematizador (651-683)

Al culto y afamado Braulio sucedió en la sede episcopal cesaraugustana el erudito Tajón, a quien, según Menéndez Pelayo, bien puede llamársele Maestro de las Sentencias, con mejor título que a Pedro Lombardo¹⁰.

Poco es lo que sabemos de su vida. Las únicas fuentes de información sobre su persona las constituyen las dos cartas que Braulio le escribe y las cartas que Tajón envía a Eugenio de Toledo y Quirico de Barcelona.

Nació hacia el 600. Su nombre parece denotar un origen godo. Lo encontramos en Zaragoza. Por las cartas que le dirige Braulio parece que coincidieron en la Escuela monástica de Juan, no sabemos si a nivel de compañeros o, lo que es más probable, como maestro y discípulo. Fue no sólo amigo de Braulio, sino también su sucesor en el episcopado y su heredero literario, ya que reunió y ordenó sus cartas, si la primera compilación de éstas, recogida en el Manuscrito 22 de León como «Samuel liber», se le puede atribuir a Tajón, que se autodenomina en sus escritos con el sobrenombre de «Samuel».

En la Escuela de Zaragoza Tajón trabó también buena amistad con Eugenio, que más tarde sería nombrado arzobispo de Toledo. Precisamente en los tiempos en que Eugenio volvió a Toledo (646) Tajón viajó a Roma, a instancias del rey Chindasvinto, donde copió «propia manu», como asegura en la carta que dirigió a Eugenio, los códices de los «Moralia in Job» y las «Homilías sobre Ezequiel» de San Gregorio Magno, trayendo las copias a España. Esta misión regia denota el prestigio científico de que gozaba Tajón, incluso antes de su promoción episcopal.

Antes de obispo fue abad. En la carta que le dirige Braulio, después de su viaje a Roma, le trata de «venerable y muy reverendo hermano en los miembros de Cristo». A la muerte de Braulio, en el año 651, Tajón le sucede en el cargo episcopal, que desempeñará hasta pasado el año 680.

Por la primera carta de Braulio a Tajón sabemos que éste era un hombre de notable cultura clásica, a juzgar por las citas que aquél hace de Horacio, Virgilio y Ovidio, caso único en todo el Epistolario brauliano. Los doce hexámetros, de excelente factura, que figuran al frente de la obra de Tajón corroboran esta apreciación.

La gran obra literaria de Tajón son sus «Sentencias», un escrito en cinco libros, donde se muestra gran conocedor de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres de la Iglesia, principalmente de San Agustín, pero sobre todo de San Gregorio Mag-

¹⁰ *Historia de los heterodoxos españoles* (Madrid, 1956) I, 294.

no. Esta obra presenta una inteligente ordenación y adaptación de temas de teología dogmática, preceptos morales y normas pastorales, con la mirada siempre puesta en los dos Padres antes mencionados. En estrecha vinculación a ambos modelos somete las ideas a un tratamiento literario bastante personal, ilustrándolas con ampliaciones y abundantes citas bíblicas retoca unas veces, simplifica otras, realza o diluye las frases extraídas de la fuente patristica, siempre en búsqueda de mayor expresividad. Es consciente de que escribe para el pueblo sencillo («nescientibus»). A casi todos les resulta imposible disponer de las obras del gran pontífice romano y, sobre todo, sentirían fastidio y pereza en adentrarse en la lectura de gruesos volúmenes. Por eso el celoso obispo concibe el propósito de formar con las principales ideas de San Gregorio Magno, complementadas por otras tomadas de San Agustín, un pequeño pero completo volumen «operuela» al alcance de todos¹¹.

A través de la carta de Tajón a Quirico, obispo de Barcelona, podemos enterarnos del tiempo y las circunstancias en que compuso esta obra. Dice que la escribió durante la insurrección de Froya contra Chindasvinto, cuando, al frente de los vascones, llegó hasta las puertas de Zaragoza. Esta revolución se produjo el año 653. La obra de Tajón data, pues, de los primeros años de su episcopado.

Durante su estancia en Roma concibió un gran proyecto que, por la carta que escribió a Eugenio de Toledo, relatándole este viaje, consta que llevó a cabo. Escribió un extenso Manual de contenido exegético, en el que comentaba, con textos de San Gregorio Magno, el Antiguo y Nuevo Testamento. Parece que esta obra la escribió con anterioridad a las «Sentencias». Pero este trabajo no ha llegado a nosotros.

De su vida de obispo sabemos que, además de interesarse por la formación intelectual y ascética del clero, intervino en los Concilios VIII (653), IX (655) y X (656) de Toledo. Destaca sobre todo su labor en el primero de estos concilios, junto a su compañero de Escuela Eugenio, entonces metropolitano de Toledo y presidente del Concilio. Eran los dos obispos hispanos más cultos de su tiempo y los que gozaban de mayor confianza regia.

Nada sabemos del final del episcopado de Tajón, ni conocemos la fecha de su muerte. Tampoco sabemos con certeza quién le sucedió, aunque sí conocemos que el último obispo de Zaragoza, del que tenemos noticia, en el período visigodo, fue Valderero, que asistió a los concilios XIII, XIV y XV de Toledo, en los años 683, 688 y 693, respectivamente. En su pontificado se celebró el muy importante Concilio III de Zaragoza, que tuvo carácter nacional, el único de esta categoría celebrado fuera de Toledo.

La Escuela de Zaragoza

Poco es lo que conocemos sobre el sistema de educación vigente en la España visigoda del siglo VI. Aun cuando el estilo de vida romano se mantuvo con cierta

¹¹ Las SENTENCIAS de Tajón se encuentran en MIGNE, PL, 80, 751-990).